

VICENTE MENGOD

EN LAS RUTAS DEL HACER LITERARIO

EL FENÓMENO estético, llamado a perdurar, surge en la madurez de un momento vital. De esta forma las pulsaciones vivas se encauzan, reflejan los cielos humanos de una época. A veces, el escritor se adelanta a los acontecimientos, los adivina en un paisaje, en un gesto colectivo, se convierte en precursor.

La historia literaria de todos los países se ha producido con la agilidad, con el sortilegio de una rama parabólica. Certeros sagitarios del arte tomaron en sus manos los discos luminosos del concepto y de la forma. Con leve ademán, lanzaron al viento su delicado juguete, que brilló en los ámbitos estéticos. El disco fue refractándose, creó imágenes, virtuales unas veces, reales por excepción.

El hombre que afinca sus plantas en la tierra firme observó, deslumbrado, tanta hermosura, rio con el donaire de ciertas evoluciones, quedóse medroso y sobrecogido por la presencia de negros nubarrones, sintió que de su corazón brotaba una música jamás oída, y adivinó insondables misterios del alma, de un alma, la suya, que sentía discurrir por sus venas, pero que algunas veces se asomaba a las ventanas de los sentidos.

He ahí las escuelas literarias puestas en marcha, organizadas en su propio e intransferible desorden lógico.

El ser humano, que ansía reducir a unidad lo caótico y disperso, habló de creaciones populares, de poemas épicos, de un mester de juglares y clérigos, de un teatro hecho de niñerías y de dulcísimas teologías. Más tarde habrá un florecer lírico, una eclosión de finos subjetivismos. Las escuelas literarias se

irán sucediendo, como árboles de ancha copa que enlazan sus frondas, encimándose sobre las frágiles murallas divisorias.

Quizás uno de los frutos más granados de estos árboles haya sido el misticismo, el misterio hecho literatura y filosofía. Porque el misticismo es, entre otras cosas más sutiles, un cerrar los labios para meditar en lo que no puede decirse, y también un entornar los ojos para ver mejor en el interior del alma.

Se suceden las orientaciones italiana, clásica y barroca. Una escuela neoclásica hablará de los esplendores de Grecia y de Roma. Más tarde, el Romanticismo producirá una de las más fecundas y disparatadas revoluciones literarias.

El Romanticismo, de base subjetiva, vio en los paisajes delicados estados de alma. Con frecuencia, idealizó la realidad. Los escritores románticos amaron las ruinas, lo nocturno y sepulcral. Y cuando esos temas no fueron suficientes, se recurrió a buscar estímulos en las leyendas, en las costumbres del Oriente colorista y fantástico. Y advino, por la fuerza de las circunstancias, un lenguaje rico en metáforas, cuajado de elementos imaginativos y emocionales.

Alcanzadas las cimas del frenesí romántico, se inicia el camino de descenso. Los post-románticos dejaron infiltrarse en sus obras los vagidos del realismo y del naturalismo.

La significación del Romanticismo habría de ser ampliada con hechos valiosos. Como fenómeno paralelo se produce la entrada, en el cuadro de la literatura europea, de pueblos alejados, de agrupaciones humanas que laboraban aisladamente, sin recibir ni entregar resonancias y simpatías.

En efecto, la literatura norteamericana se hace presente, con sus peculiaridades esenciales. Los pueblos escandinavos vierten al torrente romántico su capacidad artística. Y son conocidas las obras de daneses, suecos y noruegos. Finalmente, la producción rusa, de rara y fuerte originalidad, hace su aparición en las letras del mundo.

Los cultores de la escuela realista estudiaron objetivamente a sus personajes, describieron la naturaleza y los paisajes con exactitud. Pero he ahí que el modernismo pugna por abrirse paso. Una corriente filosófica neo-espiritualista hace mella en las almas.

Hay un ansia de innovaciones, de singularidad personal, de rareza. Se prefiere la forma al fondo, el estilo se adelgaza, se hace refinado malabarismo. La poesía es plástica, los poetas son cultores del verso, de un verso libre que rompe las clásicas reglas del acento y de la rima. Por lo general, cada verso es un haz de conceptos, disparados por los arqueros de la nueva maestría poética.

Los cisnes, los pavos reales, las ninfas y los sátiros juegan y trenzan sus danzas alocadas. A veces, las íntimas emociones, el caos vivencial interior, está sumergido entre farandarolas formales. Imágenes, alusiones y símbolos están en la base de bellas metáforas antropomorfas, impuras, sensoriales.

En diversos lugares del mundo, la época del modernismo se vive con signos propios, diferenciadores. En Francia, Marcel Proust, recogiendo las vibraciones casi desvanecidas de un realismo introspectivo, vuelca sobre los recuerdos su lucecilla escrutadora.

Novelas de viajes, de guerra y de aventuras captan jirones del vivir contemporáneo. La novela policíaca, derivada de Edgar Poe e impulsada por Conan Doyle, alcanza una popularidad comparable a la de los libros de caballería.

A veces, como excepción, surge alguna preciosa muestra de aquella novela pastoril que hicieron famosa Gil Polo, Cervantes y Lope de Vega. Sus pastores y pastoras, el espíritu de los ríos, las ninfas y sabias adivinas adquieren perfiles alusivos, son personajes en clave, tal como fuera usanza en los iniciales balbuceos del género.

Como era lógico, la fecunda floración modernista habría de proyectarse por los ámbitos estéticos. Y así nacieron una serie de "ismos", de vida más o menos brillante. Son los movimientos de vanguardia, el ultraísmo, que desemboca en el creacionismo de Vicente Huidobro, el superrealismo, el neo-populismo, de raíz popular, la poesía pura, la poesía plegaria que sube del canto en lugar de brotar de la charla, el existencialismo, enraizado con proyecciones románticas.

La gran parábola de la literatura se inicia en el momento en que el hombre escucha el golpe de su sangre y el latir de su corazón. Sabe que su palabra está cuajada de sentido, que por

obra y gracia del arte el verbo se hace mágico. Empieza la suave andadura del verso, se afina en la prosa, crea metáforas y símbolos. Y la curva abierta, sin fin, de sus creaciones se inscribe en la memoria de la gente.

En nuestros días, una emoción romántica, un anhelo de realismo, desorbitadas fugas naturalistas y un codicioso revolar estético-modernista señalan las ilimitadas posibilidades de unas literaturas que no se resignan a detenerse en su camino.

Ahora bien, entre las manifestaciones más enérgicas y definidas del momento actual, cabe destacar el "tremendismo" y la irrupción de los monstruos en la literatura.



Los hallazgos científicos son un fenómeno culminatorio de algunas vidas. El átomo y su energía aprisionada se han convertido en tema frecuente. Ahora, no extinguidas las dramáticas admoniciones de Einstein, los humanistas dicen que los dramas de la ciencia son vividos por muchos cerebros. Y como es natural, todo ello produce un estilo de vida de muy sutiles matizaciones psicológicas, abarcando el arte, la sociología y la literatura, en particular.

La Era Atómica ha colocado delante del ser humano la posibilidad de originales maravillas. En consecuencia, la predisposición espiritual del hombre ha sufrido interesantes metamorfosis. Hasta la meditación filosófica no puede hacer caso omiso de las hadas y de los duendes, que parecen brotar de los entresijos del átomo.

El mundo ha ganado en amplitud, los saltos en el vacío son una proeza posible. El escritor recoge esas vibraciones y trata de darles forma en las coordenadas del ensayo, en el cañamazo estrófico, en las páginas de la ficción novelesca.

Julio Verne, artífice de mundos imaginarios, aunque dotado de una sólida formación científica, rebasó el límite de la habitual creencia de su época. Y los lectores, entre maravillados e irónicos, sabían que tales ficciones se movían en ámbitos irreales, descoyuntados. Pero en nuestros días, ese lector ha ga-

nado en recursos para su propia admiración. La posibilidad se instaure en los repertorios vitales de la Era Atómica. La reacción frente a las lucubraciones de algunos escritores científicos es de aquiescencia. Incluso las leyendas pueden tener su verdad total. La filosofía y la estética no pueden quedar al margen de unos hechos que son demostrados entre redomas e instrumentos de laboratorio.

Por otro lado, una moderna manifestación científica, la Cibernética, introduce seres mágicos en los normales campos del vivir. Los robots, la tortuga eléctrica, los cerebros electrónicos actúan con nervios metálicos, queriendo disputar la supremacía al hombre que, desde antaño, fuera la medida de todas las cosas. Y así, las denominadas actuales maravillas le dan un nuevo sentido a la vida.

El escritor estudia la manera de introducirlas en sus fabulaciones. La ecuación "hombre-átomo" habrá de conducirnos a inesperadas soluciones.

Sin duda, determinados movimientos literarios, reanimados desde una posición espiritual atómica, sufren una distorsión. El Romanticismo, velador de las realidades corporales, pierde su entrañable sentido, por cuanto los ojos mágicos de los infinitos análisis trizan todo posible encanto y misterio.

La técnica naturalista habrá de adquirir un vigor inusitado. Pero ese naturalismo científico llegará a matizaciones tal vez desagradables. Los fuertes cuadros de Zola estarán en la base inocente de las penetraciones actuales.

El modernismo, que usara brillantes metáforas inspiradas en el latir de la tierra y de los azules espacios, ensayará originales imágenes, irrumpiendo en los dominios de la matemática. Y llevará a sus cultores por las rutas de una metafísica de soluciones poéticas. El corazón latirá marcando el ritmo de la vida. Pero los poetas nos hablarán de una viscera cordial con el simbolismo de un ramillete de fugaces electrones.

Un nuevo vocabulario muestra su anverso y reverso. Los neologismos están suspendidos en los bordes de redomas y alambiques, danzan con la insistencia de protones y neutrones.

Nuestra Era Atómica, que ha resuelto muchos de los viejos y comprometidos problemas, exhibe un verdadero caos de po-

sibilidades. En términos filosóficos se ha planteado la conveniencia de elaborar los soportes de una nueva cultura. Estéticamente, las finalidades son igualmente difusas, complejas y problemáticas. Y he ahí que la función del conocimiento, como instrumento de penetración en el mundo, habrá de ser afinada, pues la concepción atómica lo exige.

Si en momentos pasados el "eufueísmo" y marinismo señalaron cierto matiz revolucionario, si el afán de aventuras hizo progresar los clásicos términos de la literatura fantástica, ahora el cosmos atómico hace volver los ojos hacia lo mínimo y poderoso, sirviendo de sustentáculo a variadas concepciones metafóricas.

Sobre los cielos, en el fondo de los corazones rebulle una luz deslumbradora, se dibuja la silueta de un hongo colosal. Tal vez nos hallamos en el punto de partida de una novísima literatura tremendista, vertebrada en la razón y sinrazón de los más solemnes disparates.

Quizás, desde los veneros del tremendismo sonrían dos escritores ingleses: George Wells y T. S. Eliot. El primero supo anticiparse al sentido estético y social de las conmociones planetarias y atómicas. Y el segundo, imbuido de afanes de trascendencia metafísica, al fijar en sus poemas la concepción rítmica y total del universo, ha señalado el camino para una atomización del espíritu y de las sensaciones.

*

* *

Anotemos que, en nuestros días, algunos temas insólitos se infiltran en la creación literaria. Los escritores dedican su atención a los temas monstruosos. En su esencia están implícitas descomunales fantasías. A veces, la realidad supera a todo lo inventado. En tales circunstancias, al escritor le basta con ser objetivo.

Los hombres de ciencia estudian de una manera concreta el proceso que alumbra los hontanares de la vida. Y nos hablan de genes y de cromosomas, de un "átomo vital", que sería el origen y punto de partida de los individuos.

El científico francés Jean Rostand está realizando trabajos de sumo interés. Como una de las culminaciones ha emprendido el estudio de las circunstancias que producen "el tipo monstruoso", el ser humano que escapa a todas las previsiones generadoras.

Entretanto, los escritores, con afanes de trascendencia, movidos por incitaciones estéticas, imaginan y escriben fabulaciones novelescas, convirtiendo a los tipos monstruosos en personaje central, en cima de complejidades humanas, desde la que se precipitan aluviones de problemas, encubiertos en paramentos naturalistas, haciendo suya la fórmula humorística, rozando la posibilidad del chiste descomunal y doloroso.

He ahí, un signo de ciertas parcelas de la literatura actual francesa. Quizás la más novedosa de sus invenciones sea la del llamado "aerocrobo", personaje cultivado por los dibujantes, convertido ahora en protagonista de novelas.

El "aerocrobo" es un hombre que, mediante un esfuerzo de voluntad, consigue hacerse más liviano que el aire, librarse del fuerte abrazo de la gravedad terrícola.

El hombre, sin peso, vuela hasta las ventanas indiscretas, sorprende la intimidad de su pueblo, tal como lo hiciera, aunque por distinta motivación, aquel diablo cojuelo de la novela picaresca. Y siente la más tremenda de las amarguras: ser un fenómeno viviente.

Planea por encima de unas lindas mujeres. Ni él ni ellas pueden coincidir en los dominios de la realidad. Porque sus vidas se disparan hacia paisajes distintos, en torno a realidades dispares. Con frecuencia, el humano ingrátido huye de la policía, rasga el azul de los campos. Terminará su vida en un circo, mientras que su problemática amante llora sin consuelo. Tales son los riesgos de los fenómenos, de los hombres inalcanzables. El mito de Icaro se tiñe de melancolía, de monstruosa tristeza, no exenta de humor.

El "aerocrobo", liviano y sutil, símbolo de muchas imaginaciones, al revolar entre nubecillas de engañoso azul, pierde su contacto humano. Nunca podrá escuchar las deliciosas insinuaciones. Su vivir monstruoso es una especie de metáfora moralista, sin latidos sentimentales, sin vida auténtica.

Se ha dicho que estos escritores buscan sus temas en la realidad. Pero fustigan su imaginación en la ciudad de las sombras, en lugares recoletos y sombríos. Y ello es así, porque su literatura, al margen de toda ensoñación poética, no podría germinar y florecer en campo abierto. Partiendo de una motivación científica, disparan su imaginación por los senderos de la monstruosidad, de la pulsación viva deformada.

En esta literatura excepcional, el existencialismo no anda mezclado. Sus cultores son gente que intenta romper toda habitual monotonía. Sin duda, persiguen una finalidad concreta; crear fatídicos estremecimientos en sensibilidades enfermizas, en seres prestos a vibrar con lo insólito.

En los recintos de la novela y del cuento, quedaba inédito el caos de unos seres humanos monstruosos, de unos ejemplares que la ciencia crucifica con sus alfileres en las páginas de los libros. El novelista los toma, les concede libertad para encaminarlos por los vericuetos de las sombrías y subterráneas ciudades, les insufla raras propiedades. Tal es el caso de ese "aerocrobo", enjuto, con su enamorado corazón, pero que vuela sobre los tejados de las casas. Desde la veredita de una calle ciudadana, una mujer ondea un pañuelo, despidiendo, con su gesto, un torbellino de emociones frustradas.

He ahí al más ingrátido de los monstruos de la literatura.

*
* *

La parábola literaria, concebida como línea sin fin, vibrando con velocidades y tiempos muy diversos, nos señala originales cultivos estéticos. Los novelistas y los poetas pugnan por hacerse reflexivos, enfilan su atención hacia los reductos de la psicología. Es muy posible que los escritores dotados de preparación e instinto filosóficos consigan armonizar, en una sola obra, los valores del realismo y del idealismo. Quizás sea el realismo la forma de novelar de nuestra época. Es necesario llegar hasta la fuerzas psíquicas que motivan las acciones del hombre. La ciencia no ha trabajado en vano. Hoy día cono-

ceamos una serie de funciones y de mecanismos espirituales, que antes nos eran totalmente desconocidos y oscuros.

Hace algunos años, la predisposición modernista, con sus melancolías preciosistas, alcanzó una de sus culminaciones. El hastío incurable, el hecho de acrecentar la intensidad de las sensaciones con una sola finalidad estética, los fugaces ademanes dionisiacos tuvieron su vigencia en momentos ya superados por la ciencia. La circunstancia del hombre actual exige otras formas de penetración para sacar a luz el anverso y reverso de las profundidades anímicas.

Aseguran los psicólogos que la generación actual de escritores exhibe sus corazones derruidos, y que construye sus hogares y tiendas sobre el suelo volcánico de la desesperación. Por esta razón, subrayan la urgencia de una literatura comprometida. Tal vez, se ha olvidado que la genuina creación literaria de todos los tiempos jamás ha soslayado el problema del hombre y de su integración a la tierra y a la sociedad, que lo contienen y sustentan. Los seres humanos de todas las épocas buscaron en las celdillas de su espiritualidad los caminos felices, quisieron obtener claridades y atesorar fuerza para desempeñar el oficio de hombre.

En cada momento de la historia, los hombres cifraron su felicidad en la práctica de unos principios. Y sus manifestaciones orales y escritas recibieron el impacto de esas preocupaciones. Sin duda, fue una manera de hacer literatura comprometida.

Unos pueblos buscaron su felicidad en la grandeza de sus empresas materiales. Otros quisieron hallarla en la sabiduría y en la delicadeza. Por eso, potenciaron el sufrimiento. Y los más sensibles exaltaron la moderación y las restricciones, incitando al cultivo de las virtudes intelectuales, con una necesaria matización espiritual.

En nuestros días, la ciencia, aunque no exenta de espiritualidad, organiza y rige los cerebros y los sentimientos. Y el arte, en todas sus manifestaciones, recibe los ecos directos de esta postura humana y filosófica.

Hace más de cincuenta años, Einstein publicó un artículo que pasó inadvertido para muchos.

Sin embargo, en aquellas páginas se proponían las bases del principio de la relatividad, se anotaban sus trabajos sobre la unidad de los campos magnéticos.

Después fueron años de silencio, pero de un laborar incessante. El sabio vivía su problema de conclusiones. Hasta que pudo obtener una fórmula breve, pero terrible, no obstante. El matemático había determinado la energía liberadora de una masa de materia. Y le dijo al mundo que la fuerza de la desintegración atómica podía medirse con una operación sencilla, multiplicando la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz. Desde ese momento comenzó su drama. Así lo expresó en diversas oportunidades.

Einstein no había descubierto la fisión del átomo, ni la bomba atómica. Pero aconsejó las experiencias necesarias. El resultado fue la explosión de 1945. El mundo había irrumpido en la Era Atómica.

El momento literario actual, aunque signado por una preocupación científica, es el producto de una compleja herencia de capas espirituales anteriores. En el mundo entero, los escritores se enfrentan a los sutiles problemas del hombre, hacen novelas psicológicas, saltan más allá de lo vernáculo y se pierden, a veces, entre los hipotéticos senderos de un azul astronómico y planetario.

Con seguridad asombrosa se trizan las normas estéticas. Y buscando lo insólito, se disparan por los enrejados del verso y de la prosa las fantasías tremendistas y las bandadas de seres monstruosos. Muchas veces, en diversas creaciones novelescas, el mito está como agazapado, con toda su inmensa trascendencia humana. Y así hay que señalar la insistencia del Arbol y de su simbólica "rama dorada", exponentes del eterno florecer de la vida. Porque esta es una manera de entroncar lo maravilloso y esotérico con los pormenores de la vida actual.

Tremendismo y monstruos, cibernética y cientismo dirigido son los puentes sólidos en donde se guarecen, por el momento, los esforzados nautas de la más novísima creación estética.

No en vano, la ciencia, con sus finos reteles, con sus minuciosos recursos de investigación, ha llegado a una posible atomización de la realidad concreta, de las ensoñaciones y de los sentimientos. Sin duda, nos encontramos en un momento crucial. Y en las rutas del hacer literario hay incitaciones originales.